

las. Convencido sin embargo de la justicia de nuestra causa, no puedo imaginar que hayamos de sucumbir, si bien que puede nuestra estrella permanecer algun tiempo mas aun oculta entre las nubes.»

Con fecha del 20 del mismo mes y año, Washington notificaba al presidente del Congreso la disposicion que habia dado de reclutar tres batallones de artilleria, pidiendo al propio tiempo mas amplios poderes.

«.....Dentro de diez dias, nuestro ejército ya no existirá. Si el corto espacio de tiempo que nos queda se emplea en consultar al Congreso acerca de la oportunidad de las medidas que hay que tomar, oportunidad á todas luces evidente, si aguardamos á que nos lleguen sus decisiones á una distancia de ciento cuarenta millas, habremos perdido un tiempo precioso y erraremos el golpe.»

»Se me objetará que reclamo poderes cuya concesion es peligrosa; pero á males desesperados hay que aplicar remedios estremos. Con toda sinceridad declaro que no ambiciono esos poderes, que deseo mas que ningun otro ciudadano el momento en que podremos trocar la espada por el arado; pero, como jefe del ejército y como hombre, estoy obligado á declarar que nadie ha encontrado jamás tantos obstáculos como yo en su camino. Inútil es añadir que la corta duracion de los enganches y nuestra confianza ciega en la milicia han acarreado todas nuestras desgracias, y sobre todo el espantoso aumento de nuestra deuda. El enemigo se va reforzando diariamente con nuestros descontentos. Sus fuerzas crecerán como una bola de nieve que va rodando desde lo alto de una cumbre, si no imaginamos algo con que detenerla en su camino.»

Washington pedia un ejército que fuese apto para luchar contra el enemigo. Necesitaba nada menos que ciento diez batallones; «no es en mi concepto, ocasion ahora de retroceder ante los gastos que deberán hacerse; no es el dinero lo único á que hay que atender en estos momentos.»

»Alguien pensará quizás que me separo de la línea de mis deberes, aconsejando de esa suerte y con tanta libertad; pero harto pueden disculparme una reputacion que no debo mancillar, los bienes que he de conservar, el temor de perder la libertad, el mas precioso de todos los bienes y una vida, por último, consagrada al servicio del país.»

El Congreso comprendió ese noble y patriótico lenguaje. Su actitud en esas circunstancias es digna de todo elogio. En 27 de di-

ciembre de 1776 declaró que *á fin de evitar la servidumbre* con que la Gran Bretaña amenazaba América, «era necesario recurrir al poder militar para la salvacion de la libertad civil, y que un cuerpo numeroso, deliberante y alejado del teatro de la guerra no se hallaba en estado de dirigir con vigor y decision las operaciones militares.»

En su consecuencia, el Congreso conferia á Washington una verdadera dictadura militar, cuyas funciones debian cesar á los seis meses. Se le autorizaba para levantar el ejército que habia pedido, ciento cuatro batallones de infanteria, tres mil caballos, tres regimientos de artilleria y un cuerpo de ingenieros cuyo sueldo fijaria él mismo; además, se le otorgaba el derecho de requerir las milicias siempre y cuando creyera oportuno, de establecer parques en donde juzgara mas á propósito, de conferir por sí y ante sí todos los grados militares inferiores al de brigadier, de tomar por *requerimiento* cuanto hubiera menester el ejército, de prender á cualquier persona desafecta á la causa norteamericana, ó que se negara á admitir papel moneda, con encargo espreso de remitir al Estado respectivo á que perteneciesen los acusados, una nota en que constara el nombre de éstos, el delito y los testigos que lo justificaran.

Washington dió gracias al Congreso, diciendo con su modestia habitual: «Si no salen felizmente coronados mis esfuerzos, creo, que ello deberá mas bien imputarse á nuestra desgraciada situacion y á las dificultades con que he de luchar, que á la falta de vigilancia y celo por los intereses de mi país, cuya prosperidad ha sido siempre el principal objeto de mis desvelos¹.»

Y en el mismo dia escribió á Robert Morris, delegado del Congreso, en los siguientes términos:

«Lejos de creerme dispensado de mis deberes civiles, á causa de ese testimonio de confianza con que me ha honrado el Congreso, siempre tendrá presente mi espíritu que, si la espada ha sido nuestro último recurso para salvar nuestras libertades, ha de ser lo primero de que tendremos que deshacernos, en siendo esas libertades solidamente establecidas².»

Aun antes de haber recibido contestacion del Congreso, Washington habia resuelto realizar una idea atrevida cual era, atacar al enemigo en sus cuarteles de invierno, para reanimar, el espíritu público y el del ejército. La necesidad, la cruel necesidad, decia

¹ Carta del 1.º de enero de 1777.

² Á Robert Morris, 1.º de enero de 1777.

Washington, le obligaba á operar con un puñado de hombres¹. Al efecto creyó oportuno repasar el Delaware, y atacar dos cuerpos de hesienses, situados en Trenton y en Borden-Town, barreras respectivamente de las Jerseys. Esos extranjeros, que no hablaban el idioma del país, siendo por doble motivo odiosos á los habitantes, ignorarian indudablemente los movimientos del ejército enemigo; lo cierto era que vigilaban poco, y sus apostaderos estaban mal guarnecidos y peor atrincherados.

Washington señaló el día ó mas bien la noche de Navidad para atacar á los hesienses en Trenton. Concibió la idea de que los alemanes, cansados con la algazara de la fiesta, estarían soñolientos y mas desprevenidos que nunca. No fueron vanos sus presentimientos, si bien que los hielos flotantes y la inclemencia del cielo, cuyas blanquecinas nubes soltaban nieve y granizo á la vez fueron causa de que se empeñara el combate á las ocho de la mañana, en vez de á las cuatro, segun habia proyectado Washington. Los hesienses fueron sorprendidos, muriendo su coronel en la refriega y cayendo un millar de soldados en poder de las tropas de Washington². Las bajas de los norteamericanos fueron únicamente dos soldados muertos, y otros dos que sucumbieron á los rigores del frio.

Washington, habia ya repasado el rio con sus prisioneros, cuando supo que el segundo cuerpo hesiense se retiraba á Princeton. Inmediatamente volvió á tomar la ofensiva; pero, era á últimos de año, y los soldados pedian la licencia, siendo menester todos los esfuerzos de los jefes y una gratificación de diez dollars por hombre, para retener en las filas por algunas semanas á ciudadanos que se batian en defensa de la patria.

Al recibir la noticia del desastre de Trenton, lord Cornwallis acudió á New-Jersey desde Nueva York. En 2 de Enero de 1777, estaba frente el ejército norteamericano que se encontraba en la situación mas crítica, como quiera que si se retiraba, iba á caer Filadelfia; y en el caso de aceptar el combate, teniendo un rio á sus espaldas, se ponian en grave peligro las últimas fuerzas de América. Washington tomó una de esas resoluciones arriesgadas que casi siempre tienen buen éxito en la guerra. Así que, dejando los fuegos encendidos en su campamento, hizo una contramarcha por la noche y fué á atacar en Princeton á las tropas que Cornwallis habia dejado á retaguardia. En esta ocasion Washington se ba-

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 135.

² Ramsay, *Vida de Wash.* pág. 81.

tió con ese arrojo heróico, que era el único defecto que le echaban en cara sus soldados; siempre en el puesto del honor, y á menudo esponiéndose hasta la temeridad parecia que aquella fria é impasible naturaleza se animaba en medio del peligro. Todo salió á las mil maravillas; el general Howe mandó evacuar el New-Jersey, Estado que los hesienses habian saqueado y profanado en nombre del rey legítimo, á consecuencia de cuyas fechorías se habian atraído el odio de los habitantes de toda la comarca. Al acercarse las tropas norteamericanas, se apresuraban los colonos á arrancar de las puertas de sus casas un retazo de tela encarnada símbolo de amor y adhesión á la corona. Escusado es consignar que era mas bien símbolo del temor que les inspiraban los pretendidos defensores del monarca.

Las victorias de Trenton y de Princeton resonaron por toda la América. Hubo una verdadera resurrección, segun dice un contemporáneo. Entre los que mas habian vociferado al principio, cuando reinaba aun tranquilidad, hubo quienes, cambiando de lenguaje, pregonaban poco despues que los ejércitos ingleses eran irresistibles, y que era una locura la guerra de la independencia; mas ahora, esos mismos declararon otra vez, pero en distinto tono. En todas partes se celebró al nuevo Fabio.

*Unus qui nobis cunctando restituit rem,
Non ponebat enim rumores ante salutem;
Ergo magis magisque viri nunc gloria claret.*

Pero lo que era preferible á ese clamoreo, era ciertamente el hecho de volver á tener los norteamericanos confianza en sí mismos, la conciencia de que podian batirse, aun en campo raso, y oponer resistencia con algunas ventajas. Reaparecieron los que habian abandonado las filas, los soldados antiguos se decidieron á continuar en el servicio, y en lo sucesivo fué posible vestirlos y racionarlos mejor. Sin embargo ni de mucho era aquello un verdadero ejército, no quedando todavía conjuradas las crisis.

En medio de tanta agitacion, solo un hombre permanecía tranquilo: Washington. En una ocasion en que mas abandonado se hallaba de la fortuna, habia dicho friamente á uno de sus principales subordinados, el coronel Reed, que se resistiria á todo trance, retrocediendo, si llegaba el caso, de Estado en Estado, de posicion en posicion, y si fuera menester, continuaria la guerra detrás de los Alleghanys. Así se hacen las cosas grandes; de esa suerte se salva á un país: ahí está la *virtud*.

No deja de tener su alcance moral el estudio de esos acontecimientos que demuestran la debilidad de la Confederación. De algún tiempo á esta parte se ha apelado á una teoría cómoda para suprimir los grandes hombres; pasó ya el tiempo de los héroes. Mas, lo que gobierna, es el espíritu público, la opinion como quiera que un grande hombre no es mas que la expresion de su siglo y de su país, una especie de arpa eólica, cuyas cuerdas vibran á impulsos del viento.

Por lo que á mí hace, no me gusta ese panteísmo histórico; yo no acierto á ver mas que el individuo por doquier, y no creo que sea un medio infalible para obtener talento, reunir en un todo ignorantes y necios.

Sin embargo hay su fundamento de verdad en esa falsa idea.

Ciertamente pasó el tiempo de los héroes si por héroes entendemos á aquellos hombres que hacen vivir todo un siglo con su pensamiento, comunicándole su propia fiebre; haya en buen hora héroes en épocas en que el hombre tiene necesidad de tutela, pero ello sería un despropósito en tiempos civilizados. Pasó ya el tiempo de los Alejandro y de los Césares.

Mas si no existen héroes de leyenda, si los individuos toman en los sucesos una parte activa y no son ya una materia dúctil en las manos del artífice, hay todavía lugar, de dia en dia mas estenso, para los grandes caracteres. Lo que hay que temer en estos tiempos, son esas corrientes de opinion, esos rasgos impremeditados de las mayorías que arrastran al país y le precipitan: de los países meridionales podría decirse lo que decia Mme. de Stael, respecto de Francia, en donde sale á las mil maravillas aquello que es coronado por un feliz éxito, de cuyas ventajas nos priva á veces nuestro propio arrebató.

Lo que hemos menester, son hombres que permanezcan en su lugar al realizarse la depresion de las aguas en la playa, y que sin temor ni esperanza, pero impasibles como el calculista, aguarden el reflujo con la impasibilidad fría del calculista. No es eso únicamente necesario para resistir al enemigo, sino para hacer frente al abandono, á la indiferencia pública, en los dias en que la libertad es escarnecida, calumniada, maldecida. No todos podemos ser Washington, pero todos podemos tomar por modelo al hombre que proclama que *la libertad es el mayor bien del mundo*, y que, en presencia del peligro, no retrocede un paso siquiera, y deja el éxito á la fortuna, guardando para sí el deber.

CAPÍTULO XVIII.

Chatham.—Franklin en París.—La Fayette.

Mientras los acontecimientos se sucedian con rapidez en América, en tanto que Washington, precisado á huir en presencia del enemigo, habia casi vengado sus descalabros cayendo sobre Trenton y Princeton, sin poder no obstante, hacerse ilusiones acerca de su debilidad ni aplicar un remedio á aquel desastroso sistema de alistamientos á corto plazo que le hacia perder sus mejores soldados en el dia del peligro, cosas acontecian en Europa que debian acarrear el triunfo de los Estados Unidos. Inglaterra comenzaba á abrir los ojos; Francia preveía un rompimiento inminente, que acariciaba con indecible satisfaccion y regocijo, y La Fayette, partiendo á América, llevaba consigo las felicitaciones de Europa. He aquí el asunto en que vamos á ocuparnos en el capítulo presente.

El Parlamento inglés, abierto en 31 de Octubre de 1776 continuó hasta Junio de 1777. Como siempre, América fué el principal objeto de la discusion. Segun costumbre, el discurso del rey solo hablaba de la prosperidad del país, y de la próxima derrota de América, y haciendo un llamamiento á la Providencia, pedia hombres y dinero. Lord Rockingham propuso una enmienda que no reunió mas que cuarenta y seis votos¹, habiéndose propuesto la Cámara no ver nada sino con los ojos del ministerio, medio infalible para hundir un país, por mas que el gobierno se proclame conservador.

¹ Despues de esta votacion, Rockingham y sus amigos se retiraron de la Cámara, no volviendo á ella mas que para votar leyes de interés particular. ¡Muy singular es el patriotismo que abdica! (Lord Mahon, tom. VI, pág. 145).